

Oscar Iván Calvo y Marta Saade, *La ciudad en cuarentena. Chicha, patología social y profilaxis*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2002, pp. 436.

El libro de Oscar Iván Calvo y Marta Saade –Premio Departamental de Historia de 1998– es sobre la chicha como un problema social en una época en que las elites colombianas querían “civilizar” las costumbres del pueblo raso. Por ello se enfocaron contra la bebida fermentada de gran arraigo popular en el altiplano cundiboyacense. Su preocupación era la chicha, pero sobre todo los lugares donde se consumía: las chicherías o, más disfracadamente, las “asistencias”. Se trataba de los espacios de socialización de las capas bajas urbanas y rurales en donde se combinaba la producción con el consumo de la fermentada amarilla, además de integrar actividades de comercio hogareño, restaurante y diversión. En esos sitios se hablaba, cada vez más espesamente a medida que circulaban las totumas, se jugaba y se comía siempre en colectivo. Si en las épocas coloniales las autoridades soportaron la existencia de esos lugares, en la primera mitad del siglo XX se desató una ofensiva elitista para excluirlos de las áreas cercanas a los poderes económicos, políticos, religiosos e ideológicos. El pueblo estaba enfermo, decían los voceros de las elites, y la ciudad debía ponerse en cuarentena.

La lucha contra la chicha y las chicherías combinó diversas estrategias. La legitimidad de las medidas que se tomarían especialmente desde los años diez la otorgó el discurso eugenésico que disfrazado de médico se preguntó por la “degeneración de nuestra raza”. Bien fuera atribuida la supuesta “degeneración” a causas biológicas o culturales, la chicha terminaba siendo su símbolo más notorio, o mejor, el “chivo expiatorio”. Por ello había que erradicarla. El debate de la raza, inventado por las elites influidas por teorías raciales europeas y por el prohibicionismo norteamericano, derivó en un discurso higienista que tomó a la fermentada amarilla como caballo de batalla. Hubo uso y abuso de un saber médico poco original y sin grandes posibilidades de experimentación, al confundir la fermentación con la putrefacción con el fin de ilustrar las maldades de la chicha. Además se lanzaron campañas educativas, o más propiamente dicho propagandísticas porque poco educaban, para prevenir el consumo de ese tipo de bebida alcohólica. Como si fuera poco se dictaron sucesivas disposiciones legales, en la capital del país, contra la ubicación de las chicherías y de ciertas plazas de mercado que las albergaban. Los impuestos al consumo se incrementaron con el paso de los años, más con intención fiscal que propiamente higiénica. Se favoreció sin restricción a la cerveza como sustituto de la chicha, dado que fracasaron intentos como la Maizola o la Cerealvita. Y por último se la prohibió definitivamente luego del 9 de abril de 1948, así realmente ella poco hubiera tenido que ver con el levantamiento popular que si se quiere fue un problema de “cambio de tragos” en paladares poco acostumbrados al whisky y la champaña, como lo dijo en su momento Fray Lejón (citado en la página 335).

Pero esa ofensiva contra la chicha tenía otro trasfondo según lo muestran los autores: se trataba de “civilizar” al pueblo. Por ello se habló simultáneamente de suprimir las causas de la violencia callejera, de disciplinar la fuerza de trabajo, de higienizar las viviendas y los barrios “obreros”, y de favorecer las industrias modernas, en este caso

a la poderosa fábrica Bavaria. Los intereses que se movían por detrás de esta lucha no eran tan santos como se los quiso presentar. Allí participaron médicos, políticos de los dos colores, empresarios, curas y los Santos con su periódico. Hasta el mismísimo Jorge Eliecer Gaitán participó en la cruzada higienista. Pero la vida de la chicha no concluyó con las disposiciones legales de fines de los años cuarenta. Lejos de perecer ella siguió su curso en forma cada vez más oculta, se aceleraron los ritmos de fermentación, los espacios de consumo se adaptaron a los nuevos tiempos y los consumidores fueron otros. Por eso la suya es una historia sin conclusión.

Estos son los principales argumentos de Oscar Iván Calvo y Marta Saade enumerados en forma selectiva por el autor de esta reseña. Y la selección no es fácil porque es un texto con una narración rica en detalles, abigarrado a ratos y construido en forma circular. Casi podría comenzarse a leer en cualquier capítulo sin que ello implique continuar con el siguiente. Perfectamente puede volverse al anterior o saltarse al principio o al final. Esto no quiere decir que no exista una lógica en el libro; se trata de otra lógica distinta de la tradicional académica.

Aunque hay atención a los cambios temporales, la narrativa no está estructurada por un eje cronológico. Por eso los capítulos no están concatenados en la forma clásica de los textos de historia. Esta circularidad se presta a iteraciones y reiteraciones que dificultan a ratos la lectura y le hace a uno preguntarse si lo mismo no se hubiera podido decir en menos palabras. Seguramente sí, pero hubiera traicionado el propósito de los autores de sacar del olvido a la chicha y a las gentes que giraban en torno a ella. La circularidad del texto refleja que esta historia no puede ser narrada en forma lineal porque su objeto no tiene un claro comienzo (se pierde en los tiempos precolombinos) y tampoco ha terminado.

Puede decirse que es una historia “desde abajo” (hacia arriba) pero no en el sentido de una nueva épica popular. Aquí no hay héroes y los villanos lo son y no lo son al mismo tiempo. Un personaje como Jorge Bejarano, más político que médico, sin duda fue el campeón de la prohibición, pero también fue gaitanista, precisamente el movimiento que, como decía su caudillo, intentó representar al pueblo. La chicha hay que verla lejos de prejuicios: ella encerraba y encierra dimensiones sociales, políticas e ideológicas dignas de estudiarse como lo hacen los autores.

La circularidad del texto se refleja también en ese ir y venir entre el pasado y el presente, que se proyecta metodológicamente en la combinación de la investigación histórica con la etnográfica. Una historia no lineal debe ser atendida transdisciplinariamente como lo hacen Oscar Iván Calvo y Marta Saade.

Por todo ello *La ciudad en cuarentena* no es un cuadro costumbrista o una disquisición médica, como podría sugerir el título: es una parte de la historia de los hombres y las mujeres que habitaban nuestras ciudades y campos en la primera mitad del siglo XX. Es, en síntesis, una reconstrucción de lo que fueron, y posiblemente siguen siendo, sus gustos y disgustos.

Mauricio Archila Neira
Departamento de Historia
Universidad Nacional de Colombia.